

EL RACISMO COTIDIANO EN LA PERCEPCIÓN DE LOS UNIVERSITARIOS DE LA UPN-AJUSCO

SAÚL VELASCO CRUZ

TEMÁTICA GENERAL: MULTICULTURALISMO, INTERCULTURALIDAD Y EDUCACIÓN

INTRODUCCIÓN

Con demasiada frecuencia, en diferentes lugares, circunstancias y momentos, ocurren en la sociedad mexicana de nuestros días acontecimientos verdaderamente extraordinarios y vergonzosos de racismo. Algunos de estos eventos son registrados por los medios, exhibidos en las redes sociales y elevados como quejas ante el Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (CONAPRED) y la Comisión Nacional de los Derechos Humanos (CNDH), a nivel central, o bien en las delegaciones estatales de este organismo. Otros, quizás los más, no llegan a ser objeto de denuncia y tal vez se queden como simples registros en los anecdotarios privados de la gente –incluso en este segmento podrían caber aquellos otros acontecimientos que ni siquiera alcanzan a ser identificados como sucesos puntuales de racismo pero que lo son invariablemente–. A veces en la familia, otras más en la calle, con los amigos, con los extraños, en las plazas públicas, en las dependencias gubernamentales, en las áreas de contratación de personal de las empresas privadas que exigen buena o excelente presentación, el racismo tiene lugar. Lo mismo en los hospitales, en las clínicas médicas, en los aeropuertos, en las discotecas y los bares. En los restaurantes que a menudo exhiben en sus paredes leyendas que señalan que no discriminan a nadie, menos por razones raciales, ocurre lo mismo. En la escuela también sucede, más recurrentemente de lo imaginado. En las canchas de fútbol, en los concursos de belleza, en los programas y los comerciales televisivos, en la radio, en los periódicos, en las novelas, en las revistas, en la red, en todos lados, a todas horas, en los momentos menos esperados, el racismo está presente, casi con un don de ubicuidad que asombra por su enorme capacidad performativa.

P. Essed (1991), experta en el tema, nombró a esta manifestación del fenómeno como *racismo cotidiano*. A ella debemos, por cierto, la acuñación del término. El racismo cotidiano se verifica como

práctica ordinaria en las interacciones y los intercambios. Se funda en las normas no escritas, en las lógicas selectivas encomendadas a policías, servidores públicos, agentes de migración y burócratas; se esconde en las excusas, en los entendidos, y en los señalamientos discretos, tanto como en los calificativos infames y directos. Y aunque a veces sus manifestaciones parezcan no seguir un patrón, ni observar alguna regularidad explícita, lo cierto es que como práctica nada de él es caótico, ni anárquico, sucede bajo la lógica de un orden social establecido y del cual se deriva y al cual responde. Es así que podría decirse que sus manifestaciones prácticas de nivel micro, puntual, guardan total armonía con la lógica macro, global, de donde se deriva y de la cual depende.¹

En la literatura especializada se han registrado distintas maneras de entender el racismo. Autores como M. Wiewiorka (2009) refieren un cierto sentido evolutivo del término. Para este autor, como para muchos otros, el racismo surgió primero como una derivación del interés por clasificar a los humanos en razas y por establecer jerarquías y ordenamientos sociales a partir de esa presunción. A esta primera etapa se le conoce como la del *racismo de la raza*. Luego vendrían otras etapas. El *racismo biológico*, que es una extensión de aquella primera versión, dio lugar al llamado *racismo científico*, el cual aparentemente perdería primacía frente a otra nueva modalidad que aparecería después y que se conoce como *racismo cultural*, o lo que es lo mismo, el racismo de las clasificaciones identitarias, y más recientemente este último parece compartir el terreno con el llamado *racismo genómico* que ha comenzado a abrirse camino por fuero propio, contribuyendo así a multiplicar la diversidad de denominaciones que se adosan al fenómeno. En cualquier caso, lo cierto es que, como lo ha señalado R. Grosfoguel (2012), la *razón clasificatoria* que dio origen al racismo, y que se mantiene intacta hoy en día, pese a los giros que evolutivamente puedan reconocerse en su denominación, es *una razón inventada por occidente* para tratar de justificar e imponer su dominación hegemónica en el resto del mundo, y así se ha mantenido desde entonces.

A contracorriente de las apreciaciones que consideran al racismo como una ideología (Wiewiorka, 1992; París Pombo, 2002; Van Dijk, 2007), está otra, la de R. Grosfoguel, que considera que el racismo es ante todo un fundamento estructural de la constitución de las sociedades occidentales modernas, y después, y solo después, puede considerarse también como una ideología,

¹ C. V. Masferrer explica esta cualidad del fenómeno siguiendo a Philomena Essed (1991, p. 31) para quien, “desde un punto de vista macro, el racismo es un sistema de desigualdades estructurales y un proceso histórico, creados y recreados mediante prácticas rutinarias mientras que, desde una perspectiva micro, se trata de un conjunto de prácticas consistentes con las estructuras macro de desigualdad racial del sistema y cuyas consecuencias pueden ser intencionales o no”.

un faro, un *ethos*, un deber ser clasificatorio que parte de la definición que hiciera occidente, según R. Grosfoguel citando a F. Fanon (2010), de una nada sutil *línea de lo humano*; por encima de ella la superioridad por debajo de la misma *lo no humano*. Es esa línea la que marcará en occidente, y desde occidente, la jerarquía global de superioridad e inferioridad; una jerarquía “que ha sido (material y) políticamente producida y reproducida como estructura de dominación durante siglos por el ‘sistema imperialista occidentalocéntrico, cristianocéntrico, capitalista, patriarcal, moderno y colonial’” (Grosfoguel, 2012, p. 93). Los regímenes occidentales de conquista y colonización en el mundo impusieron este orden jerárquico para la estructuración y para el control de las geografías y la dominación, explotación, esclavitud y hasta el exterminio de las vidas, las culturas y los sistemas epistemológicos diferentes. Con adaptaciones formales, el orden jerárquico pasó intacto al modelo de Estado nación moderno con el cual la dominación occidental y el propio orden jerárquico inventado por ella se renovarían y extenderían hacia diferentes confines. Así fue que la modernidad occidental produjo el racismo y los mecanismos para su reproducción y su normalización en la vida regular de las sociedades.

Por la distancia de los siglos que alejan el momento de su producción y establecimiento original, muy a menudo se pierden las conexiones que el racismo de la cotidianidad tiene con aquella base estructural y constitutiva primigenia que le corresponde al racismo de todos los tiempos pasados y subsecuentes, de los inicios a la fecha. Pero que tales conexiones no sean del todo perceptibles no las hace menos reales ni menos vigorosas y brutales de lo que son. P. Essed parece confirmarlo así cuando señala (como nos lo recuerda C. V. Masferrer, 2016) que el racismo, a nivel macro, “es un sistema de desigualdades estructurales y un proceso histórico, creados y recreados mediante prácticas rutinarias mientras, desde una perspectiva micro, se trata de un conjunto de prácticas consistentes con las estructuras macro de desigualdad racial del sistema y cuyas consecuencias pueden ser intencionales o no”.

LA PRODUCCIÓN Y REPRODUCCIÓN DEL RACISMO

Históricamente la creación y recreación del racismo es, como señala Essed (1991), una práctica rutinaria, en primer lugar de magnitudes amplias en donde participan casi todas las instituciones sociales, la estructura y la organización productiva, el Estado, el régimen gubernamental y el orden en singular, o los ordenamientos en plural, que regulan en última instancia las diferentes

dimensiones que adopta la vida cotidiana, y en segundo lugar, y de manera más específica, la acción de instituciones particulares como la escuela, y, para decirlo en una fórmula Althusseriana, los demás *aparatos ideológicos del Estado* como los medios de comunicación. Los primeros crean y recrean el racismo bajo la simple lógica estructurante, que incluye a unos y desplaza a otros, o bien que concede privilegios a unos y se los niega a otros, sin mayor intención que imponer el orden o su lógica y, los segundos, en un sentido aleccionador y/o educativo que prepara, predispone a su acción y normaliza sus efectos. Los aparatos ideológicos del Estado en cierto modo actúan para regularizar (o naturalizar) al racismo en la sociedad, y para predisponer a las nuevas generaciones a vivirlo como normalidad. Como lo ha observado impecablemente bien T. Van Dijk, “el racismo no es innato, se aprende mediante un proceso de adquisición ideológica y práctica” (2007, pp. 25-30). Dicho en otras palabras, esto sería más o menos así; nadie nace racista. El racismo se aprende en cualquier momento ya sea en la familia, en la calle, en la sociedad abierta, porque el racismo ya fue naturalizado y las estructuras sociales lo destilan por todos lados (Jelloun, 1998). Por la vía de algunas de estas instituciones, o por todas a la vez, el racismo se aprende. Sin embargo, su principal vía de enseñanza y aprendizaje corre a cargo de los llamados aparatos ideológicos del Estado. Como quiera, el hecho es que tanto la acción estructurante del orden existente como la acción educativa generada por todo tipo de organismos y medios, produce y reproduce el racismo como un mandato supremo del orden social que, mediante la acción educativa, anticipa y previene su acción para el futuro abierto.

No obstante es en la escuela, como no sucede en ningún otro medio, en donde el proceso de aprendizaje del racismo ocurre mediante un plan sistemático, modulado por el currículum educativo. Como lo sugirió P. Bourdieu, en ella, por ejemplo, sucede sin reservas el llamado *racismo de la inteligencia*. El esmero de la escuela por formar de manera especializada es ya un acto racista (del racismo de la inteligencia) que goza de enorme aceptación y reconocimiento social, es decir, que pocas veces se cuestiona y se hacen visibles sus repercusiones negativas (Bourdieu, 1980; Croizet, 2012; Velasco, 2016). Junto con él a menudo discurren otras modalidades de racismo en contra de grupos racializados. Estudiosos del racismo en la educación han identificado sus contenidos. Para el caso de México, por ejemplo, se ha podido destacar su presencia en los libros de texto de la educación básica general. En ellos hay contenidos explícitamente racistas en contra de los pueblos indígenas (Molina Ludy, 2000). De manera inaudita incluso los hay en las guías, antologías y cuadernos de trabajo de la educación intercultural que se desarrolla con especial renombre desde la primera década

del siglo XXI en el subsistema de educación indígena del país (Gnade, 2008; Baronnet, 2013; Velasco y Baronnet, 2016). Y así mismo también los hay en contra de los pueblos llamados afrodescendientes (Masferrer, 2011, Velázquez e Iturralde, 2012). También han sido identificados y analizados los discursos humillantes que los contenidos educativos propalan incluso en contra de los mestizos (Gómez Izquierdo, 2008), aun cuando el discurso de la mestizo-conformación los había puesto en teoría como prototipos de la mexicanidad (Vasconcelos, 1948; Basave, 1992). De manera semejante existen, aunque aún escasas, excepcionales investigaciones que ilustran casos de racismo que suceden en las interacciones cotidianas que viven las comunidades educativas dentro y fuera de las aulas, aunque dentro de los perímetros escolares. Es el caso de la investigación que D. Hernández Rosete (en prensa), llevó a cabo en una escuela de la zona de la Merced en la Ciudad de México. Aunque falta documentar con extensión y detalle la manera en que los estudiantes son sometidos a vivir el racismo, a experimentarlo como situaciones de vida real, es decir, como racismo cotidiano, tanto dentro de las instituciones educativas como fuera de ellas ya sea como testigos, como víctimas e incluso como perpetradores, mientras se va realizando en su proceso escolar la ejecución de los contenidos educativos propiamente curriculares a través de los cuales la institución intenta sistemáticamente naturalizar en ellos el racismo que prevalece en el orden social. Ciertamente, la tarea no parece sencilla, porque el racismo en la mayoría de sus manifestaciones –por virtud de la escuela, y también del orden social existente– está normalizado al grado que en las relaciones cotidianas muchas veces sólo alcanza a hacerse notable cuando se manifiesta bajo características excepcionales de escándalo. Por eso con razón a R. Zárate Moedano (2016) no le fue fácil que a los estudiantes universitarios que seleccionó para que, como parte de su investigación de tesis doctoral en la Universidad Veracruzana, le narraran cómo percibían el racismo y lo habían experimentado a lo largo de su experiencia de vida, en el amplio sentido de la palabra. Sólo después de un taller preparatorio que Zárate Moedano trabajó con ellos, sus sujetos de investigación pudieron comenzar a identificar al racismo y a reconocerlo como algo constante y cercano en sus trayectorias de vida. Algo semejante le ha sucedido al colectivo COPERA (<https://colectivocopera.org/tag/racismo/>) en sus esfuerzos por hacer que las personas reconozcan el racismo en sus experiencias personales. En ambos casos, la gente necesita quitarse el velo que le impide visibilizar al racismo en la vida cotidiana, porque la realidad en la que sucede la vida es una construcción racializada que goza de un grado de naturalización realmente asombroso que lo hace entre las personas bastante imperceptible. Bajo este

presupuesto de por medio, me propuse en el primer semestre de 2016 explorar si a los estudiantes de las carreras de Educación Indígena y Sociología de la Educación de la Universidad Pedagógica Nacional, Unidad Ajusco, de la Ciudad de México, les sucedía algo semejante, o por el contrario podían identificar al racismo a lo largo de su trayectoria de vida, todo a partir de tres situaciones muy concretas a saber; una *como testigos* de situaciones de racismo, otra *como víctimas* del mismo y una tercera y última *como perpetradores*. Debo reconocer que tomé la idea de estos tres registros directamente de lo que hace Coopera en sus talleres, pero bajo un formato libre. A partir de tales registros, junto con mis alumnos de un grupo de octavo semestre de sociología de la educación del turno matutino –con quienes estaba trabajando en dicho periodo un seminario especializado en racismo y educación – formulé y organicé una serie de preguntas con las cuales compusimos una encuesta que sometimos a pilotaje para observar sus fallas y después intentar mejorarla. Una vez concluido este proceso, aplicamos la encuesta a todos los grupos de ambas carreras de los semestres 2º, 4º, 6º, y 8º que componían nuestro universo total en ambos casos. Una característica importante que vale la pena destacar y que hizo que seleccionáramos a los estudiantes de estas carreras y no a otros de otras carreras que se imparten en la Unidad Ajusco de la UPN fue que por su especialidad estos jóvenes, desde el comienzo de sus estudios de licenciatura, se ven acercados por los cursos que reciben a los temas de la educación intercultural, la discriminación, el racismo, la xenofobia, y el multiculturalismo y las relaciones interétnicas. Al menos, hipotéticamente creíamos que al tener tales acercamientos desde el principio de su carrera, se facilitaba en ellos la posibilidad de tener sobre el tema del racismo alguna sensibilidad para poder reconocerlo y poder expresar sus percepciones al respecto. Finalmente, con el apoyo del programa SPSS concentré la información generada por la encuesta, y los resultados los expongo de manera sintética en las páginas que siguen.

EL RACISMO QUE PERCIBEN LOS UNIVERSITARIOS DE DOS CARRERAS DE LA UPN-AJUSCO

En la primera mitad del 2016 los alumnos de las carreras de Sociología de la Educación y de la Educación Indígena de la UPN, Unidad Ajusco, registraban y percibían diferentes situaciones (asombrosas) de racismo tanto en su etapa actual de vida como a lo largo de toda su joven biografía.

En la encuesta que se les aplicó para indagar sobre el tema, estos estudiantes reconocieron que con frecuencia elevada (90.7%) *han atestiguado racismo*, en las calles (34.6%), en el transporte

público (25.7%), en el trabajo (12.3%), en sus entornos vecinales (10.5%), y en otros espacios como; centros comerciales, universidades, iglesias, hospitales, en sus familias y en las escuelas (15.6%). Las causas que identifican como motivaciones de este fenómeno son: la apariencia (19.6%), el color de piel (16.2%), la orientación sexual (15%), el nivel socioeconómico (13.1%), el origen étnico (12.4%), y otros como las capacidades especiales, la complejión, el género, la edad, la ideología, etcétera (23.7%). Sin embargo, no sólo lo han atestiguado sino que con frecuencia han sido víctimas y con frecuencia también perpetradores.

Como víctimas admiten que lo han sufrido en la calle (23%), el trabajo (13.7%), el transporte público (15.6%), y otros espacios como sus entornos habitacionales, museos, familia, universidad, librerías, tiendas comerciales, restaurantes, cines, escuelas, zonas arqueológicas, hospitales e iglesias (17.3%). Aunque también hay que decir que cerca de un tercio de los encuestados no reconocía hasta ese momento haber sido víctima directa de este fenómeno, o simplemente no haberse percatado de ello. En lo que corresponde a su vida o experiencia escolar previa a su arribo a la universidad (UPN-Ajusco), 62.8% acepta haber sido objeto de racismo por sus propios compañeros en las escuelas primarias (18.3%), secundarias (19.4%), de nivel medio superior (18.6%), y en menor medida en otros centros educativos como los de nivel de preescolar, e incluso de nivel superior, distintos a la UPN-Ajusco [incluyendo a los que no especificaron] (6.5%). Pero no sólo de sus pares refieren haber sido víctimas de discriminación racial. El caso alcanza a sus profesores de las escuelas primarias (13.3%), secundarias (13.3%), de nivel medio superior (18.3%), y de otros centros educativos como preescolar, y de algunos centros de nivel superior [incluyendo aquí a los que no registraron dato en este aspecto] (5.7%).²

RACISMO DENTRO DE LA UNIVERSIDAD (UPN-AJUSCO)

Una vez dentro del campus universitario, estos jóvenes aceptan haber testificado racismo en el comedor (26.5%), en la biblioteca (14.3%), en el área de servicios escolares (14.9%), y en otros espacios como el Centro de Atención a Estudiantes (CAE), la explanada, las canchas, los salones de clase, los pasillos, los baños, en la interacción con los profesores y con los administrativos, con el

² Aunque hay que decir que cerca de la mitad (49.4%) reconoció que su memoria no registra en ningún caso situación semejante.

personal de vigilancia, incluso en el tianguis cultural que suele celebrarse cada tanto dentro de las instalaciones universitarias (23%).³

Como víctimas, los datos revelan que el 0.9% se abstuvo de responder, 53% niega haberlo sufrido, 2.3% admite sin reservas que ha sido víctima frecuente, 17.7% reconoce que al menos una vez lo ha resentido y el resto, compuesto por el 25.6%, sin enumerar la cantidad específica, reconoce que algunas veces registra haberlo vivido en carne propia en el campus universitario.

Las causas o las razones del agravio racista en su contra incluyen aspectos como la apariencia (25.1%), el color de piel (14.9%), el nivel socioeconómico (15.4%), su origen étnico (13.1%) y por otras tales como las capacidades especiales, la complejión, la orientación sexual, el género, la edad, la carrera, su ideología, etcétera (31.5%).

POR LICENCIATURA

El 42.9% de los jóvenes de la licenciatura de Sociología de la educación señalaron haber sido víctimas de racismo en el campus universitario; 15.4% de ellos y ellas una vez, 23.1% algunas veces y 4.4% con alguna frecuencia.⁴

El caso de los estudiantes de la licenciatura en educación indígena, no es muy diferente, los datos señalan que 47.9% refieren haber sufrido discriminación racial; una vez (19.5%), algunas veces (27.6%), frecuentemente (0.8%). En contraparte, 50.4% refiere no haber tenido una experiencia como ésta.

Ahora bien, a la discriminación racial por otros se viene a sumar en este recuento la discriminación que reconocen los estudiantes haberse infringido a sí mismos. Aunque el 47.9%, reconoce no haberlo hecho nunca, el caso es que, con excepción del 0.5% que omitió dar su opinión el resto sí lo admite; 23.7% al menos una vez, 25.1%, algunas veces, y con frecuencia el 2.3%. Entre las razones por las cuales se auto-discriminan en sentido racista se mencionan; la apariencia (31.1%), el color de piel (14.1%), la complejión (21.5%), el nivel socioeconómico (16.4%), y en proporciones variables por diferentes casos, como las capacidades especiales, la orientación sexual, el origen étnico, el género y las creencias, el 17%.

³ En contrapartida 23% de estos muchachos y muchachas admite que hasta ahora no ha sido testigo del fenómeno de referencia.

⁴ El 57.1% restante, sin embargo, negó haber vivido este drama.

Pero la historia no termina aquí, los estudiantes de las licenciaturas que participaron en la encuesta de referencia reconocen, en al menos el 56.2% de los casos, haber cometido racismo o discriminación racial en contra de otros y otras; 19.5% una vez y 36.7% algunas veces. El lugar en donde lo hicieron fue la calle (39.4%), el transporte público (16.2%), su entorno habitacional (12.6%), el trabajo (12.1%), y en lugares como un “centro de producción animal”, en la misma universidad y en otros puntos no especificados (19.2%). En las escuelas de sus etapas previas a la universidad, 56.2% de ellos reconocen que esto sucedió entre una vez (19.5%), y algunas veces en un (36.7%). Más específicamente refieren que fueron las escuelas secundarias en donde el fenómeno alcanzó su mayor frecuencia con 36.5%, enseguida estuvieron las escuelas de educación media superior con el 28.9%, luego las de nivel primaria el 23.9% y, por último, en un dato conjunto del 10.7% en las de preescolar, educación superior y algunos centros educativos no especificados.

La reacción de estos jóvenes ante este fenómeno, sobre todo en su calidad de testigos o de víctimas, suele ser de coraje o enojo en un 41.7%, de indignación en un 21.5% y de impotencia en un 15.2%.⁵

Si vemos estos mismos datos por carrera tenemos que, para el caso de la licenciatura de sociología de la educación, los jóvenes dicen experimentar coraje o enojo (37.2%), impotencia (20.6%), indignación (23.1%), tristeza (10.1%) y en proporciones menores, indiferencia, sentimientos de evasión, deseos de agredir al perpetrador, nostalgia, etcétera (9%). En contraparte, los estudiantes de educación indígena señalan sufrir coraje (45.3%), impotencia (10.7%), indignación (20.2%), tristeza (17.3%) y, en menor medida, deseos de golpear al agresor, también indiferencia, sentimientos de evasión, etcétera en un 6.6%.

CONCLUSIONES

Atestiguar, sufrir y perpetrar racismo, fenómenos micro de las dimensiones estructurales de un orden social racista.

⁵ El 21.7% de los encuestados prefirió no dar una respuesta sobre esta cuestión.

Como los datos lo señalan, los estudiantes encuestados en algún momento de su vida han experimentado situaciones de racismo; ya sea como testigos, como víctimas o bien como perpetradores. El racismo por tanto resulta ser un fenómeno de extensión ampliada y de regularidad significativa, al menos en la biografía de estos jóvenes. Y aunque los datos no son uniformes y en algunos casos, parece que hasta existe la posibilidad de que las situaciones de racismo pudieran haber pasado en forma inadvertida a través de sus sentidos, sobre todo cuando se trata de la posibilidad de haberlo sufrido en condición de víctimas o de haberlo acometido en condición perpetradora, lo cierto es que queda poco lugar a la duda de la existencia cotidiana del fenómeno. De aquí que pueda derivarse que el racismo alcanza un nivel sumamente extendido en los ámbitos en donde transcurre la vida de estos jóvenes. Hasta aquí lo que ofrecen los resultados del ejercicio que indaga sobre la presencia del racismo en la vida ordinaria de los encuestados. Hay que decir que los datos son tan sólo un registro de las percepciones que los sujetos captan de la presencia del fenómeno en su entorno inmediato. Es muy probable que existan situaciones que escapen de este registro por la sutileza del caso, o porque a sus ojos no sean perceptibles como manifestaciones de racismo, dada la normalización que éste posee en la vida regular de la sociedad mexicana. En todo caso, lo cierto es que los jóvenes universitarios encuestados se refirieron al racismo como una experiencia cercana a su persona. Y esta experiencia, al ser concreta y puntual, guarda estrecha correspondencia con lo que la teoría denomina el nivel micro de la manifestación del fenómeno, pero también con la dimensión macro. Observar el racismo, sufrir racismo e incluso perpetrarlo, en el marco de la sociedad mexicana, no es bajo ningún sentido un hecho particular o aislado, sin conexiones con el marco estructural del orden social. Podría parecerlo pero no lo es. Los casos están eslabonados al marco estructural en el que reposa el orden social. No son situaciones excepcionales, sino más bien la regla. En una sociedad en donde la configuración de su orden pasa por tener como compuesto fundamental el racismo, las excepciones son aquellas acciones y comportamientos libres de racismo. Lamentablemente no es el caso en lo aquí se exhibe. En una sociedad racista como la mexicana (Navarrete, 2016), el racismo cotidiano no se compone tan sólo por aquellos eventos que alcanzan la notoriedad y el escándalo público –como quiere a veces la prensa, y los organismos que aparentemente se han establecido para contrarrestar el racismo como hecho también aparentemente patológico y excepcional en una sociedad que se eleva sobre un orden social racista sin condiciones de excepcionalidad alguna–, sino también por todos aquellos otros que no atraen reflectores, ni se vuelven noticias, o no llegan a ser

identificados como fenómenos racistas por el grado de naturalización que el racismo alcanza en la percepción de la gente.

Es hora pues de volver a los comienzos de este escrito para señalar que por escandalosos y vergonzosos que parezcan los casos destacados de racismo, estos no tienen nada de extraordinario porque el racismo no es excepcional en México, sino la regla. Lo cual no significa que los casos no deban señalarse como graves, en lo absoluto. Lo malo en todo caso al destacar solamente los sucesos de escándalo es que se relativiza o disminuye el drama de los otros acontecimientos que no son dignos de las notas periodísticas o de las primeras planas pero que no por ello dejan de ser situaciones denostables de racismo. Como señala D. T. Golbert (2016), el problema de todo racismo en general es que con su práctica de algún modo se condena a las personas a la muerte, o a algún grado de muerte, por el cierre del acceso a los servicios, a las opciones de empleo decorosos y dignos, por la posibilidad de condenar al abandono y al riesgo del agravamiento de las enfermedades. Y es que como podríamos derivar de algunas ideas expuestas por A. Mbembe (2011), el racismo parece demostrarse como un riel sobre el cual se puede deslizar la maquinaria de la *necropolítica*, es decir, aquella acción que representa una vía de eliminación drástica de quien se considera que no está o no debe estar por encima de la línea de lo humano que apuntara alguna vez impecablemente Fanon a la hora de proponernos una valiosísima definición fundamental sobre el racismo que apoya la estructura básica de sociedades como la mexicana.

BIBLIOGRAFÍA

- Baronnet, B. (2013). "Racismo y discriminaciones en el sistema educativo mexicano" en: G. Ascencio (coord.), *Teoría y práctica de la educación intercultural en Chiapas* (pp. 63-79). México: UNAM.
- Basave, A. (1992). *México mestizo: Análisis del nacionalismo mexicano en torno a la mestizofilia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bourdieu, P. (1980). "Le racisme de l'intelligence". En *Questions de sociologie* (pp. 264-268). París: Editions de Minuit.
- Croizet, J. C. (2012). "On the Fatal Attractiveness of Psychology: Racism of Intelligence in Education". En: P. Smeyer y M. Depaepe (eds.). *Educational Research: The Attraction 33 of Psychology*, *Educational Research* 6, Springer (pp. 33-51).

- Essed, P. (1991). *Understanding Everyday Racism. An Interdisciplinary Theory*. California: Sage Publications.
- Fanon, F. (2010). *Piel negra, máscaras blancas*. Madrid: Akal.
- Golbert, D. T. (2016). "Humillaciones públicas: el racismo del liberalismo postracial". Conferencia. México, CEIICH, UNAM. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=wfheJuTL2ag>
- Gnade, J. R. (2008). *Raza, racismo y educación escolar en México*. Tesis de Doctorado en Estudios Latinoamericanos. México: Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.
- Gómez Izquierdo, J. (2008). *El camaleón ideológico. Nacionalismo, cultura y política en México durante los años del presidente Lázaro Cárdenas (1934-1940)*. México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades.
- Grosfoguel, R. (2012). "El concepto de «racismo» en Michel Foucault y Frantz Fanon: ¿teorizar desde la zona del ser o desde la zona del no-ser?". En *Tabula Rasa*. (16), 79-102, enero-junio. Bogotá, Colombia. Disponible en: <http://www.scielo.org.co/pdf/tara/n16/n16a06.pdf> (Consultado el 20 de abril de 2015).
- Hernández Rosete, D. (en prensa). *Creencias sobre ausentismo y rezago escolar de niños indígenas bilingües en escuelas de la Merced*. Ciudad de México.
- Jelloun, T. B. (2008). *Le racisme expliqué à ma fille*. París: Seuil.
- Masferrer León, C. V. (2016). "Yo no me siento contigo. Educación y racismo en pueblos afromexicanos", *Revista Diálogos sobre educación*, 7 (13), julio-diciembre 2016, disponible en:
http://www.revistadiálogos.cucsh.udg.mx/sites/default/files/de1318_yo_no_me_siento_contigo_0.pdf
- Masferrer León, C. V. (2011). "La enseñanza sobre los africanos y afrodescendientes en la educación primaria y secundaria de México". En *Afrodescendencia. Aproximaciones contemporáneas de América Latina y el Caribe* (pp. 150-157). Centro de Información de las Naciones Unidas para México, Cuba y República Dominicana.
- Mbembe, A. (2011). *Necropolítica*. Madrid: Melusina.
- Molina Ludy, V. (2000). "La ideología subyacente en la discriminación hacia los pueblos indios". En R. Barceló, M. A. Portal y M. Sánchez (Coords.), *Diversidad étnica y conflicto en América Latina. El indio como metáfora en la identidad nacional*, II, 147-174. México: UNAM / Plaza y Valdés.

- Navarrete, F. (2016). México racista. Una denuncia. México: Editorial Grijalbo.
- París Pombo, M. D. (2002). "Estudios sobre el racismo en América Latina". En Política y Cultura, (17), 289-310. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco.
- Van Dijk, T. (2007). Racismo y discurso en América Latina. Barcelona: Gedisa.
- Vasconcelos, J. (1948). La raza cósmica. México: Espasa Calpe.
- Velasco Cruz, S. (2016). "Racismo y educación en México". Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales, LXI (226), 379-408, enero-abril de 2016. Universidad Nacional Autónoma de México Nueva Época, disponible en: <http://www.revistas.unam.mx/index.php/rmstpys/article/view/53667/48475>
- Velasco Cruz, S. & B. Baronnet (2016). "Racismo y escuela en México: Reconociendo la tragedia para intentar la salida". En Diálogos sobre educación. Temas actuales en investigación educativa, 7 (13), julio-diciembre 2016, disponible en: http://www.revistadiálogos.cucsh.udg.mx/sites/default/files/de1331_debate_racismo_y_escuela_en_mexico.pdf
- Velázquez, M. E. y G. Iturralde. (2012). Afrodescendientes en México. Historias contra el olvido y la discriminación. México: Conapred.
- Wieviorka, M. (1992). El espacio del racismo. Barcelona: Paidós.
- Wieviorka, M. (2009). El racismo: una introducción. Barcelona: Gedisa.
- Zárate Moedano, R. (2016). "Educar para de-construir procesos racistas de discriminación". En Revista Diálogos sobre educación. Temas actuales en investigación educativa, 7 (13), julio-diciembre 2016, disponible en: http://www.revistadiálogos.cucsh.udg.mx/sites/default/files/de1329_educar_para_de-construir_procesos_racistas_de_discriminacion_social.pdf